

**TESTIMONIO
DE LAS
PROFESIONALES
CHILENAS
ANTE EL CAMBIO
DE GOBIERNO
1973**

TESTIMONIO
DE LAS
PROFESIONALES
CHILENAS
ANTE EL CAMBIO
DE GOBIERNO
1973

NOTA: Se hace presente que todas las profesionales indicadas participan activamente en el ejercicio de sus profesiones y que la mayoría desempeñan o han desempeñado cargos directivos en los respectivos Colegios de la Orden.

Las mujeres profesionales de Chile, ante las informaciones dadas a la prensa mundial por periodistas que ignoran la realidad de nuestra Patria, sentimos la imperiosa necesidad de expresar nuestro pensamiento para dar a conocer los acontecimientos ocurridos durante el Gobierno de Salvador Allende, que motivaron el pronunciamiento militar del 11 de septiembre del presente año y los sucesos que se produjeron con posterioridad.

En relación con los hechos acaecidos en la pasada administración, ratificamos en todas sus partes lo expuesto por el Ministro de Relaciones Exteriores, Almirante Ismael Huerta, el 9 de octubre en las Naciones Unidas, con el convencimiento de que sus palabras expresan, de manera fidedigna y auténtica, la verdad chilena durante ese oprobioso régimen.

Sin embargo, dada nuestra condición de mujer, queremos insistir en algunos aspectos que afectaron directa y profundamente la constitución y la estabilidad de la familia chilena.

En primer lugar, nos referimos al desabastecimiento y

al mercado negro de artículos alimenticios de primera necesidad y a la falta absoluta de medicamentos que pusieron en peligro la salud de nuestros hijos y la nuestra, ya que debíamos hacer largas y a veces inútiles "colas" para adquirir esos medios de subsistencia vitales, sufriendo la inclemencia del tiempo y las dificultades inherentes a esa situación humillante.

Además, una inflación descontrolada, producida por un exceso de circulante que no correspondía a nuestro estado económico real, reducía a diario el presupuesto familiar y nos obligaba a acudir a productos alimenticios baratos, pero carentes de poder nutritivo. La capacidad de sacrificio y la inagotable fortaleza que sólo da la maternidad permitieron evitar males irreparables e incluso ayudaron a los maridos a soportar este difícil periodo de angustia, a sabiendas de que los hijos nacían y crecían en condiciones deplorables para su desarrollo anímico y biológico.

Por otra parte, a ello se agregaba el ausentismo obligado del hogar y el parcial abandono de las actividades profesionales y laborales, lo que provocaba una total disminución del rendimiento en beneficio de la familia y de la comunidad. El régimen marxista nos estaba transformando en madres irresponsables y en profesionales deficientes al alejarnos forzosamente de nuestros hogares y de nuestros lugares de trabajo y al impedirnos contar con los elementos necesarios para ejercer adecuadamente nuestras múltiples actividades. Vivíamos una contradicción de situaciones, difícil de explicar porque en ellas se contraponían los deberes del propio estado con las obligaciones impuestas desde fuera, porque en ellas pugnaban las actitudes de un ente libre con el comportamiento exigido a un hombre esclavo. Era indudable que en el ambiente todo se perfilaba la sombra fatídica de la hoz y

del martillo, pretendiendo arrasar con la unidad, la solidez y la bondad de nuestra familia chilena.

En el campo educacional, que nos afecta directamente, ya que en nuestra calidad de progenitores detentamos el derecho natural de ser los primeros e insustituibles educadores de nuestros hijos, en este período de "transición al socialismo", la labor gubernativa de penetración marxista se dejó ver notoriamente a través de textos de estudio y de planes y programas educativos. En efecto, la actividad pedagógica en todos sus niveles estaba encaminada en forma exclusiva a dirigir la mente de los educandos hacia la aceptación de sus postulados. La situación hizo crisis cuando se pretendió implantar la Escuela Nacional Unificada —ENU—, atentando abiertamente contra la garantía constitucional de la libertad de enseñanza, lo que obligó a los padres de familia, a la Iglesia y a las Fuerzas Armadas a protestar en asambleas, foros y declaraciones públicas en todo el territorio nacional. Fue así como las autoridades educacionales, presionadas por esta actitud masiva de rechazo absoluto, retiraron el proyecto conflictivo en espera de mejor oportunidad.

Es preciso decir que nuestra escasa labor de madres y de profesionales se veía aún más disminuida por la decadencia moral y espiritual en todos los ámbitos de la vida nacional, especialmente de los medios de comunicación, llegando al extremo de no encontrar lectura, audición de radio o de televisión que no estuviera impregnada de bajezas, de corrupción, de inmoralidad y de pornografía, sin considerar el alto grado de concientización política en favor de la ideología marxista que propugnaban.

Como lo expresamos, cada nivel y cada manifestación de la vida ciudadana nos convencia, día a día, que estábamos asistiendo a la desintegración sistemática de la

familia, ya que el ambiente en que vivíamos significaba la negación de los valores morales en que ella se sustentaba; todo esto sin posibilidades de mejoramiento, ya que —pese a nuestros reclamos— esta situación estaba impulsada y amparada por las autoridades gubernamentales.

Por último, por la incidencia que tenía en nuestro ánimo y en nuestras reacciones de conducta, como igualmente en la visión equívoca propagada al exterior, hay que considerar la habilidad y el cinismo increíbles de los líderes de los partidos políticos oficialistas y del mismo Allende, quienes, desencadenando la lucha de clases, el sectarismo, el odio, la injuria y la calumnia, se presentaban y parecían ser los defensores de la moralidad, de la justicia social y del bien común; de tal manera que para sus adeptos y para muchos ingenuos y de buena fe, ellos simbolizaban el “hombre nuevo” incorrupto e idealista. Y así fue como el que decía la verdad pasó a ser un embustero y el que era honrado fue considerado un delincuente. La inversión de valores y de conceptos propiciada por ellos para desquiciar nuestro espíritu y de este modo someternos a sus planes siniestros, llegó a ser tan aberrante que varios de los disidentes, debiendo intervenir, no actuaron y debiendo hablar, callaron. Afortunadamente, siguieron siendo una minoría.

Como consecuencia de todo esto, vivíamos un clima permanente de desorden, de violencia y de terrorismo, jamás antes conocidos en esta tierra pacífica.

La inseguridad en las personas y en los bienes provocó la salida del país de millares de familias chilenas, las que posponiendo el inmenso amor a los suyos y a la Patria sufriente, buscaron, con sacrificio y con pena, en otros horizontes, un mejor futuro para sus hijos y para sus horas postreras.

Esta situación se hacía más amarga con el éxodo per-

manente de técnicos y profesionales quienes, aun a riesgo de perder sus títulos universitarios, se alejaban de esta tierra donde se aplicaba el aforismo izquierdista de "la nivelación hacia abajo", que destruía toda iniciativa y espíritu de superación.

Ante estas circunstancias que hacían peligrar la familia y la Patria, ya que el mal se estaba adentrando en la mente y en el corazón de nuestro pueblo, las mujeres de Chile —fieles a la ley natural de velar por la integridad moral y física de sus hijos—, hicimos pública nuestra protesta en la histórica "**Marcha de las cacerolas**", en diciembre de 1971, que reunió a las dueñas de casa, a las profesionales, a las campesinas, a las obreras, a las empleadas, sin distinción alguna. Aun cuando en esa ocasión habíamos sido repelidas por matones a sueldo del régimen imperante, no nos arredramos frente a las represalias del Gobierno, y, ante la certeza de que no existía ánimo de rectificar los errores, por parte de los personeros responsables, realizamos el 5 de septiembre último una gigantesca concentración en la más importante avenida de Santiago-centro, donde exigimos **la renuncia de Salvador Allende para empezar una etapa nueva de recuperación nacional**.

Pese a este clamor mayoritario de las mujeres chilenas, que se veía acentuado por el repudio popular a la política del Gobierno, manifestado en el paro total de los transportes, del comercio y de las actividades profesionales, la Unidad Popular continuó implantando su clara y desembozada línea marxista, basándose en la circunstancia de que Allende había sido elegido constitucionalmente, pero sin querer reconocer que el ejercicio de su autoridad había desbordado y sobrepasado, innumerables veces, la Constitución y las leyes, desde el inicio de su mandato.

En tal sentido, y en el uso estricto de sus atribuciones,

se habían pronunciado los otros dos poderes del Estado —Legislativo y Judicial—, los que en históricas y fundadas declaraciones habían manifestado al Gobierno su ilegalidad y que tal estado de cosas había provocado el quiebre de la juridicidad. De la misma manera, la Contraloría General de la República había representado al Ejecutivo la ilegitimidad de sus actuaciones, ya que éste había desvirtuado maliciosamente la naturaleza de los decretos de insistencia, que era una forma simulada de invadir el campo legislativo, y se negaba a cumplir con el trámite de la promulgación de las leyes cuando no convenía a sus intereses.

Frente a estas autorizadas y terminantes declaraciones que demostraban la crisis de la institucionalidad y frente a la situación general de un país paralizado en sus actividades básicas, las Fuerzas Armadas y Carabineros se vieron impulsados a hacer realidad el mandato legal e inherente a su genuina conformación de dar seguridad a la ciudadanía y de defender el orden interno y externo de la Nación de quien, sistemáticamente, la estaba destruyendo: el Gobierno de Salvador Allende.

No podemos desconocer, tampoco, que en sus filas militaban hijos, esposos y padres y que, como tales, presenciaban todas las dificultades, sacrificios y angustias que sufrían sus propios familiares y, también, percibían, en su doble calidad de soldados y de ciudadanos, la sutil penetración foránea del comienzo y la ya notoria imposición totalitaria en esa época. Directamente, dentro de sus propios recintos, habían apreciado la magnitud y el peligro de la infiltración marxista, puesto que debieron sofocar un inminente alzamiento de algunos de los subordinados de la Armada Nacional y porque tuvieron que acompañar, con su dolor de hombres de armas, a rendir el postrer homenaje a varios de sus compañeros ultimados por extremistas, chilenos y extranjeros.

Sólo los que han vivido en el país en este período pueden comprender el profundo dramatismo que encierra todo este proceso de socialización marxista bajo una apariencia de libertad, y sólo ellos entienden el auténtico patriotismo que refleja el pronunciamiento de las Fuerzas Armadas y Carabineros en ese día inolvidable del 11 de septiembre pasado, en que la Patria decidía su destino. No en vano Chile había disfrutado de 150 años de vida democrática que se han identificado con la esencia misma de nuestra idiosincrasia. La alternativa se había creado en estos tres años de administración totalitaria y ella se debatía entre dos situaciones extremas y definitivas: democracia o marxismo-leninismo.

Las mujeres profesionales que hemos visto la lealtad de los Institutos Armados al ex Presidente Allende, al cooperar en su Gobierno en las numerosas oportunidades en que fueron requeridos, apreciamos en su verdadera dimensión y hondo significado la grandeza cívica y el entrañable amor a la Patria que encierra su gesto. Las mujeres profesionales, desde la inapreciable perspectiva que nos da la vida familiar y la vida comunitaria, nos sentimos capacitadas para afirmar que la actitud adoptada por las Fuerzas Armadas y Carabineros era la única adecuada y eficaz para vencer al comunismo que implantaba el Gobierno de Allende a un país libérrimo, contrariando la voluntad de una aplastante mayoría que acababa de demostrarle su repudio en las recientes elecciones de parlamentarios. Es interesante destacar que entonces las mujeres, tampoco, favorecimos con el sufragio a los candidatos oficialistas, manteniendo con ello nuestra invariable conducta de desaprobación a su política.

Cuando un gobernante extralimita sus atribuciones y desvirtúa el mandato que le dio el pueblo para regir su destino democrático dentro de la Constitución y de la Ley, se expone a que la misma legalidad que desconoce se

levante contra él para sobrevivir. Lo que ignoraban los marxistas era que la institucionalidad sobrepasada, desde su profunda herida, fuese capaz de engendrar el germen de su propia salvación y que en Chile la misma Constitución iba a alzarse contra quienes la violaban para devolver su vigencia a las normas transgredidas.

Las mujeres profesionales expresamos que es legítimo el pronunciamiento del 11 de septiembre último, porque él ha sido la resultante obligada de una serie de sucesos que llevaban al país a la pérdida de su independencia y de su soberanía y porque sólo la intervención oportuna y unida de las Fuerzas Armadas y Carabineros podía impedir que ello se consumara. **Sólo las mujeres sabemos en qué medida estábamos asistiendo, durante el Gobierno de Allende, al desgarramiento de nuestro propio corazón.**

Recuperada la dignidad de la Patria, el pueblo chileno ha emprendido la ardua tarea de la reconstrucción nacional. Al desaparecer del escenario aquellos que habían producido la desintegración, a todos los niveles, de la estructura básica del país y que, por lo mismo, se habían preocupado de irradiar —en lo interno y en lo internacional— una imagen de Chile que no correspondía a su realidad, quedó al descubierto la verdadera dimensión del caos y del aniquilamiento en que vivimos durante tres años. Alejados del poder quienes lo detentaron sólo en provecho de sus intereses mezquinos y deleznable y de la ideología totalitaria que profesaban, apareció a los ojos atónitos de un pueblo sufrido y engañado una visión de sus gobernantes de ayer que avergüenza y anonada, ya que su vida privada y su vida pública fueron la negación misma de la moralidad.

Jamás Chile había sido regido por autoridades que olvidando sus ancestros hubieran abrazado el comunismo internacional en tal forma que por conseguir "todo el

poder" estuvieran dispuestos a cometer uno de los crímenes políticos más aberrantes de la Historia de la humanidad. En efecto, sólo la caída del régimen de Allende permitió conocer, en toda su magnitud y su crueldad, la masacre planeada para el 19 de septiembre último, en que iban a ser eliminados, sorpresivamente, los altos Jefes de las Fuerzas Armadas y Carabineros, políticos, profesionales, dirigentes gremiales de oposición, como asimismo sus familias.

Como mujeres sentimos estremecerse lo más hondo de nuestro ser al pensar en el impacto que seguramente llevaría a la locura a quienes iban a sobrevivir a ese horroroso PLAN Z. La imaginación no es capaz de representarse ni ese aciago momento de exterminio, ni ese fantasmal deambular de quienes habrían visto segarse toda una generación de compatriotas, llevando sobre sí el yugo de una esclavitud sin esperanza.

Las mujeres profesionales que hemos presenciado lo que es el marxismo y que hemos palpado el daño moral, cívico y económico que ha causado a las personas y a las instituciones sabemos que tenemos por delante un largo y áspero camino para superar esa etapa trágica. Precisamente, en el día de hoy, debemos adaptarnos a un plan urgente de reestructuración financiera impuesto por el actual Gobierno como única medida de sacar a nuestra economía de la bancarrota total a que la condujo la desacertada y malintencionada política de Allende. Ser considerada como la Nación de más alto porcentaje de inflación, a nivel mundial, nos da la medida exacta de nuestra catastrófica realidad económica y, también, nos indica que debemos aportar toda nuestra comprensión y esfuerzo para la realización eficaz de esas medidas, si queremos devolver la estabilidad interna y el crédito exterior a nuestra Patria.

Además de estos problemas consecuenciales, hemos

leído que la prensa de otros países, impulsada por el comunismo internacional que no se conforma con haber perdido este lugar estratégico en América latina para la consecución de sus planes de expansión, ha alterado y deformado tendenciosamente los hechos con la finalidad exclusiva de hacer fracasar la acción de nuestros actuales gobernantes. No hay duda de que fue una temeridad y una osadía del pueblo de Chile que, sin ayuda extranjera, pudiera atentar contra el marxismo y derrotarlo, rompiendo así un esquema prefigurado de determinismo histórico y abriendo una perspectiva de liberación cierta a las naciones oprimidas.

Sin embargo, para refutar sus aseveraciones falaces, a la vista de todos están los millares de armas rusas, checoslovacas y cubanas, encontradas en los arsenales, en las fábricas intervenidas por el Estado y en las escuelas de guerrillas que mantenía el oficialismo, incluso en varias residencias particulares de Salvador Allende, para usarlas en el enfrentamiento interno que preparaban. De la misma manera, acusan por sí mismos, los hospitales clandestinos y los medicamentos —sueros, antibióticos, anestesia— escondidos en bolsas plásticas en túneles urbanos y bajo el mar, con el fin exclusivo de atender a sus heridos en esa guerra civil que decían rechazar. Mucho testimonio son, también, las espléndidas y lujosas mansiones de Allende y de sus colaboradores políticos, quienes abusando de sus altos cargos disponían de las arcas fiscales, en provecho propio y de sus favoritos, permitiéndose con ello una existencia escandalosa y desenfrenada, impropia de un régimen que se decía representante del pueblo, al que mantenían en la indigencia, el hambre y el olvido. No menos elocuentes han sido los hallazgos de gruesas sumas de dinero, en dólares y en moneda nacional, encontradas en maletas y en bolsos pertenecientes a familiares y funcionarios de la pasada

administración y que dejaron abandonados al huir o al asilarse en embajadas de países occidentales y no de países socialistas.

Las mujeres profesionales entendemos, pero no aceptamos, que se desprestigie y se distorsione la actual realidad chilena por periodistas mercenarios, ya que debido a la acción militar se ha demostrado, de manera evidente e irrefutable, el engaño y la falsedad de que se vale el marxismo para sojuzgar a los hombres. El modelo chileno de "transición al socialismo" que se ofrecía al mundo como una espléndida experiencia digna de ser imitada, era un argumento favorable del imperialismo comunista y, por lo tanto, había que mantenerlo a toda costa para seguir explotándolo. El comunismo no perdona, ni perdonará a quienes, en defensa exclusiva de sus valores espirituales, lo han derrotado en su propio terreno.

Por lo mismo, las mujeres profesionales debemos enfatizar, por existir notoria desinformación sobre estos hechos, que a lo largo del territorio nacional se respetan los derechos humanos de todos los ciudadanos que viven en este país, incluso de los militantes de los partidos de la Unidad Popular. Que sólo han sido detenidas aquellas personas que han violado las leyes chilenas vigentes con anterioridad al 11 de septiembre de 1973 y que, por tanto, eran conocidas por ellas, exponiéndose a su sanción en caso de transgredirlas. Que a esos detenidos se les mantiene en lugares adecuados para ello y se les somete a proceso de conformidad a las leyes respectivas. Insistimos que en Chile no hay engaño, no hay terror, no hay asesinatos, no hay masacre. La Cruz Roja Internacional y diversas organizaciones mundiales que defienden los derechos del hombre, que nos han visitado últimamente, pueden dar fe de lo que decimos y expresar, también, que el cambio de gobierno se ha ejecutado con un mínimo de costo humano.

Pero esta situación internacional en lugar de atemorizarnos nos da más fuerzas en este nuevo desafío: porque contra la falsedad de las informaciones dirigidas contamos con la evidencia de los hechos y la verdad de nuestras palabras; porque a la destrucción de la institucionalidad y de la economía oponemos la legalidad y el trabajo productivo; porque al odio, a la Injuria y a la calumnia respondemos con el amor y la limpidez de nuestros corazones; porque a la violencia y al terrorismo los desarmamos con la paz del espíritu y de nuestras acciones.

Ahora que aspiramos aire de libertad y de seguridad, de tranquilidad para el trabajo y de quietud en nuestros hogares, estamos situadas en el mejor momento de la Historia para que el éxito sea nuestro y para que la esperanza, el amor y la justicia reinen en nuestra convivencia.

Ha llegado la hora de que demos al niño y al adulto, para el completo y armonioso desarrollo de su personalidad, un ambiente propicio moral y material, cooperando con ello a dar forma efectiva a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Niño, que suscribimos en épocas pretéritas. Con esto no hacemos sino ratificar las actuaciones de la Junta de Gobierno que rige los destinos de esta Nación, la que está empeñada en hacer realidad esos postulados. Quiénes tuvimos la posibilidad inmediata y casi fatal de perderlo todo —vida y patria— ahora, que asistimos a la **SEGUNDA INDEPENDENCIA** de nuestro país, con la misma emoción que embargaba a los chilenos en 1810, tomamos el compromiso irrenunciable e impostergable de dedicar toda nuestra voluntad y nuestro esfuerzo porque así lo juzguen las generaciones venideras.

Las mujeres profesionales manifestamos nuestra gratitud a las Fuerzas Armadas y Carabineros, aceptando en plenitud nuestra responsabilidad en esta etapa de re-

construcción nacional para hacer de Chile esa Dulce Patria que cantamos de niñas y que hoy forjamos como mujeres.

FIRMAN:

Sara Navas de Siefer, Abogado.

Ana Acevedo de Ruiz, Contadora-auditora.

Adela Celis de Becker, Arquitecto.

Silvia Concha de Pilassi, Ingeniero Civil.

Victoria Droguett Pino, Odontóloga.

Carmen Fisher de Herrera, Educadora de párvulos.

Sonia Garrido Ballerino, Enfermera.

Raquel González de Martínez, Químico-farmacéutica.

Leticia Lorenzetti Silva, Matrona.

Norma Ortiz de Carmona, Ingeniero-agrónomo.

Liana Ortiz de Eyzaguirre, Psicóloga.

María Eugenia Oyarzún de Errázuriz, Periodista.

Mariana Sibisa Garcés, Secretaria-taquígrafa.

Sylvia Toro Salazar, Pedagoga.

María Isabel Vermehren Rodríguez, Tecnóloga-médico.

Gabriela Venturini de Villarroel, Médico-cirujano.

Sylvia Villalobos Ramírez, Kinesióloga.

**Impreso en los Talleres de la
Editora Nacional Gabriela Mistral
Diciembre 1973**